

# Cuento de invierno

Miguel Ángel Cadena



## Capítulo 1

El sol siempre estuvo ahí, nunca se fue. En todos mis recuerdos desde que tengo uso de razón está presente el gigante ígneo. Su luz cubría todo lo conocido, hasta las lejanas montañas de Etrica. Todos en el pueblo teníamos la piel tostada o carbonizada dependiendo de la edad, acarreábamos con ello como una marca del sol, una maldición. Algunos mal afortunados no podían soportar la intensidad de los rayos solares y combustionaban convirtiéndose en una pila de negra ceniza. Vivíamos con lo justo y necesario para sobrevivir todos, dejando muy poco para otros usos como el regadío o el cuidado de animales, realmente la vida era muy ajustada por aquí. A pesar de todo trataban al sol como a un dios. Esto es lo que más odiaba. Rezaban sus plegarias con sus labios agrietados, sin siquiera poder mirar directamente al sol porque este te achicharraba los ojos como castigo. No existía la noche, sólo en los cuentos y leyendas. Narraban con misticismo que hace milenios existía una bola gigante en el cielo que era justo lo contrario al sol. Traía oscuridad, que era la ausencia total de luz, y con la oscuridad venía el descanso acompañado de una brisa magnífica. Nosotros sólo teníamos las casas y chozas para refugiarnos de la implacable luz. Dentro experimentábamos una bastarda versión de lo que se suponía que era la oscuridad, pues esta no era completa y albergaba un bochornoso calor que contenían las cuatro paredes. Siempre pensé en irme de ahí. No sabía a donde quería ir, sólo quería buscar un lugar que no alcanzase el sol. Cuando era más pequeño tenía miedo de lo desconocido, de lo que pudiese haber fuera de la familia y la aldea, pero cuando crecí unos años más me di cuenta que nada había peor que el infierno, y yo llevaba toda mi vida viviendo en él. Cogí mi morral de cuero y lo cargué con toda la comida y agua que pude, y a mi mula la armé con alforjas para cargar con lo necesario. No sabía cuánto iba a estar de viaje así que era mejor que me fuese bien surtido. Toda la aldea se volcó con mi causa y mi deseo de explorar, me ayudaron con la condición de que si encontrase un lugar mejor volviese para avisarles. Así comencé a andar hacia delante y sin volver la cabeza atrás ni una sola vez. Anduve durante días, semanas, pasé por desfiladeros, laderas y campos áridos, y en un momento dado me percaté de que el calor era menos fuerte. Continué guiándome con mi cuerpo como una brújula térmica que me indicaba hacia donde debía ir, y ciertamente cada día la viveza del sol era menor. Por primera vez en mi vida sentí un viento revitalizador, un viento que no transportaba flamas, mi piel reaccionaba y se erizaba. La luz se tornaba más tenue en mis caminatas hasta que sólo quedaba en el cielo un suspiro anaranjado y tranquilo que sin remedio hacía que mis pestañas se volcasen hacia abajo pidiendo descanso, y recuerdo ese momento como la primera vez que dormí plácidamente. Más adelante tuve que utilizar los paños que tenía para guardar la fruta y la comida para cubrirme el torso porque mi cuerpo a veces se estremecía cuando el viento me pegaba en el pecho, seguía siendo algo muy agradable. Tiempo después, cuando tuve que taparme mucho más para

que mi cuerpo tolerase la nueva temperatura, me paré y observé que a lo lejos se extendía una ciudad blanqueada por una especie de ceniza blanquecina que caía del cielo. Cuando las pequeñas motas se posaban en mis manos se extendían y disolvían, transformándose en agua. Quedé maravillado con aquel descubrimiento.

Levanté la cabeza mirando cómo las pálidas briznas caían balanceándose con la dirección del viento y vi en el cielo estampada una negrura azulada que lo abrazaba todo. Sólo con verlo una vez lo supe, una verdad como guardada en mis genes me hacía comprender que lo que estaba delante de mis ojos era oscuridad y que en aquel momento era de noche, algo que con sólo pensarlo hacía que se levantaran mis comisuras con alegría. Cuando llegué a la ciudad vi a mucha gente de un color similar a las motas que caían del cielo. Jamás en mi vida había visto a alguien con la piel de un color tan blanco, estuve seguro de que como yo no conocía la noche, ellos no conocían el día ni el sol. Todos estaban cubiertos por colchas de algodón que llevaban con cierta torpeza, algunos incluso llevaban la cabeza cubierta también. Al fijarte en sus ojos podías ver como la mayoría tenían los ojos amoratados e hinchados, y no se podía saber a ciencia cierta a dónde miraban o en qué pensaban, andaban faltos de vida hacia delante como si tuviesen destinado un único camino. La ciudad estaba repleta de oscuridad, en las calles, en las casas, en el cielo e incluso en las personas. Sin embargo yo no podía llegar a comprender cuál era el problema, ellos no habían sufrido lo que mi gente con el sol. Paseaba por sus calles y plazas mientras pensaba en el motivo por el que no existía un equilibrio entre el sol y la luna, un pacto de convivencia entre ambos como antaño para brindar a los hombres el frío y el calor. Pero el mundo no era justo y teníamos que vivir con ello. ¿Y por qué debía de ser así? ¿Acaso eran falsas las historias que contaban a los niños? ¿Era sólo el reflejo de los anhelos de mi pueblo? Me hallé buscando en el cielo algo similar a lo que imaginaba que debía de ser la luna, buscaba la esfera pálida que debía adornar el firmamento, y por mucho que buscase no encontraba nada. Sólo pude ver a lo lejos, coronando la urbe, un palacio congelado del que, desde su cima, se lanzaba hacia arriba una luz diáfana.

Atravesé la ciudad, subí una colina y llegué al palacio que estaba construido con cristales y trozos del hielo que hasta hace poco no sabía que existía. Un viento glacial azotaba con fuerza y me alegré de haberme puesto encima una de las colchas que llevaban puestas las gentes de la ciudad. De todas formas tenía los pies entumecidos, pero cada vez que recordaba lo que me había llevado hasta ahí no lo veía como algo grave, sacaba todas las fuerzas posibles del desprecio hacia la tierra de la que provenía.

Subí con cuidado por unas escaleras resbaladizas hasta un gran portón que se abrió solo cuando me coloqué en frente. Apareció ante mí un interior desolado, de construcción muy preciosista pero sin alma ninguna.

Comencé a temer al hielo, era como si te succionase la vida y la sangre hasta dejarte totalmente hueco, justo como los habitantes de la ciudad. Te convertirías en uno con el hielo, algo bello por fuera y vaciado por dentro. Llegados a este punto solo podía avanzar porque esa era mi misión.

Al llegar al final del pasillo principal hallé una plataforma redonda y gigante que, al subirme encima se iluminó con una potencia que hizo temblar el suelo, comenzó a ascender hasta la punta más alta del castillo. Cuando estuve allí miré hacia mi izquierda y hacia mi derecha, y me vi rodeado por un torbellino de estatuas completamente congeladas, todas adoptaban una postura suplicante, con las manos alzadas como rogando por algo que se les escapaba de las manos, anhelando lo que había en el centro de la sala. Sobre un trono helado se alzaba al relente una prodigiosa esfera que emitía una luz muy diferente a la del sol, esta era tenue y agradable, como un reflejo lejano de nuestro astro. Era algo hermoso de ver. Entonces me resolví a llevar por lo menos un trozo de la luna hasta mi aldea, sólo algo de aire aliviado de ardor y que portase un poco de oscuridad para el descanso. Di mis pasos con determinación, era una sensación agradable, algo diferente a lo que había vivido durante toda mi existencia, pero mi carne se iba contrayendo presa de la escarcha que se desarrollaba por mis músculos. Era tarde cuando me di cuenta. Las estatuas me recordaban a las pilas de ceniza, era exactamente lo mismo, la única elección que podría tomar en vida era donde deseaba morir, en una tundra glacial o en un desierto quebrado. Todo era injusto y mis lágrimas eran en vano, ya se convertían en púas de hielo que colgaban en mis mejillas. Sólo con mis sueños no podía hacer avanzar a mis piernas. Me quedé clavado en el sitio contemplando con deseo lo que tenía delante y jamás podría conseguir.